"Ahora mismo, al entrar yo á la poblacion, encontré dos jóvenes al volver de la calle; parecia que iban muy de prisa y corrian con tanta velocidad, que derramaron uno de mis cántaros lleno de leche. Grité desde luego contra ellos. El mayor me contestó con injurias y el menor sacó con precipitacion de su bolsa esta pieza, y me la dió. Poco mas ó menos es lo que valia mi leche; despues siguieron corriendo. Esclamaron todos entonces: ¿los conoceis? ¿sabeis á dónde van?

Conozco al mas grande, dijo la lechera, lleva una chupa encarnada, es el mozo de caballerizas de la posada; al otro que es mas jóven, no lo conozco; llevaban el camino del pueblo en que hay hoy una funcion y si los siguen con empeño, muy pronto los aprenderán.

Ninguno tuvo ya duda de que estos dos jóvenes eran los ladrones. Admiraban y bendecian á la Providencia que habia permitido que los culpables fuesen tan prontamente descubiertos. Ocho ó diez jovenes se precipitaron á correr tras ellos. Todos los otros vecinos del lugar permanecieron con Enrique, teniendo fijas las miradas en el camino por donde habian ido en persecucion de los ladrones. Finalmen, algunas personas que se habian retirado bastante de la casa, volvieron corriendo y gritando: ¡Vedlos, los han cogido!

Llegaron los jóvenes trayendo consigo al mozo de vestido encarnado, que forcejeaba inútilmente contra ellos: traian tambien á Jacot; que se dejaba conducir sin resistencia, que derramaba lágrimas copiosas. Habia sumídose su casquete sobre la frente y bajaba la cabeza. Se notaba bien que sollozaba, pero no lo habian conocido.

Lo precisaron á que se quitara su casquete. Enrique dió un grito al conocer á su amigo. Postróse Jacot de rodillas y confesó llorando su crímen con todas las circunstancias.

Se llenaron todos de horror y se penetraron de lástima. ¡Tan jóven y ser ya tan criminal! decian, ¡desgraciado! ¿quién ha podido arrastrarte á una accion semejante? La mala compañía.

Todos los padres de familia que se hallaban presentes, tomaban á sus hijos por la mano y los apretaban contra su corazon diciendo: ¡Bendito sea Dios! ¡no es mi hijo! ¡Oh hijo mio! mira á donde conduce una mala compañía. Se encontraron en los bolsillos de los culpables todas las monedas, á ecepcion de la pieza de cincuenta céntimos,

que habia recibido la lechera, quien se la regaló á Enrique. Queria este que se perdonara á Jacot. No, dijeron; es mejor que vaya ahora á una casa de correccion que no mas tarde á un presidio.

Estaba el mozo de caballerizas sumergido en el abatimiento, trataba de disculparse acusando á Jacot, y decia que era este quien lo habia inducido á cometer el crímen; pero nadie quiso creerlo.

Este miserable, que se hallaba en estado de reincidencia, sufrió la pena merecida. Jacot fué puesto en una casa de correccion en que estuvo algun tiempo, pasado el cual volvió á la aldea, se portó siempre bien y mereció volver á ser el amigo de Enrique.

Instruccion, estudio.

Si dedicais todos los dias algunos momentos á la lectura sin que nunca negocio ni diversion alguna os distraiga, estareis al fin del año admirado y satisfecho de vuestros adelantos.

El estudio quita el fastidio, disminuye la tristeza, calma el dolor; él anima y puebla la soledad.

Divertirse es un gran bien; pero es un bien mayor todavía instruirse. La lectura que reune estas dos ventajas, es semejante á un fruto delicioso y nutritivo al mismo tiempo.

Los buenos libros son el fruto de los mejores talentos, el resúmen de sus conocimientos y el producto de sus grandes desvelos; el estudio de toda una vida, se puede recoger en algunas horas; este es un gran recurso.

Son los libros para el alma, lo que los alimentos para el cuerpo. (Diversos autores)

LOS BUENOS LIBROS SON BUENOS AMIGOS.

[PETRARCA.]

Escribian á Petrarca sus amigos con mucha frecuencia, escusándose de no irlo á visitar. ¿Cómo vivir contigo le decian? ¡Es tan extraordinaria la vida que pasas en Vaucluse! Durante el invierno, te estás dentro de tu casa como un buho, y en el estío corres incesantemente por los campos. Se reia Petrarca de estas observaciones y decia: Estas gentes consideran como un bien supremo los placeres del mundo, y no comprenden cómo puede uno retirarse de ellos. Pero tengo unos amigos (1) cuya sociedad me es muy grata; amigos de todos los países y de todos los siglos, que se han hecho ilustres en la guerra, en los negocios públicos y en las ciencias. No me hago con ellos violencia alguna y siempre están dispuestos á servirme. Los hago venir ó los despido cuando quiero; en manera alguna me importunan, y responden á todas mis preguntas; me refieren unos los acontecimientos de los pasados siglos y otros me revelan los secretos de la naturaleza. Este me enseña el modo de bien vivir y de morir bien; aquel disipa mis cuidados con su alegría. Hay unos que dan fuerza á mi alma en los sufrimientos, que me enseñan á dominar mis deseos y á sufrirme á mí mismo. Finalmente, ellos me conducen por el camino de la ciencia y del arte, y satisfacen todas las exigencias de mi pensamiento. En premio de tantos beneficios, no exigen de mí sino un modesto aposento en que estén al abrigo del polvo. Cuando salgo, los llevo consigo á los caminos que recorro, y les es mas agradable la tranquilidad del campo que el ruido de las ciudades.

Así es que Petrarca se ponia malo cuando dejaba de leer ó de escribir, ó cuando no podia meditar sobre sus lecturas en los valles solitarios, cerca de una cristalina fuente, sobre el declive de las rocas y de

(1) Se comprende que Petrarca quiere señalar con esto los autores que componian su biblioteca.

las montañas. En el curso de sus viages frecuentes, estudiaba y escribia en todos los puntos en que se detenia. Uno de sus amigos, el obispo de Cavaillon, temiendo que la asiduidad con que el poeta trabajaba en Vaucluse, acabara de arruinar su salud, ya alterada, le pidió un dia la llave de su biblioteca. Se la dió Petrarca sin saber por qué la queria tener su amigo. El buen obispo encerró en esta biblioteca libros y escritorio, y le dijo: no hay trabajo durante diez dias. Prometió Petrarca obedecer no sin hacerse una grande violencia. Le pareció el primer dia de una duracion interminable; tuvo el segundo un continuo dolor de cabeza, y al tercero fué absolutamente preciso devolverle la llave.

BOSSUET.

Era increible la aplicacion de Bossuet al estudio. Habia cerca de su cama una lámpara que permanecia encendida todas las noches. Despues de su primer sueño, que era de cerca de cuatro horas, se levantaba aun en el tiempo del mas rigoroso frio, rezaba sus oraciones, despues se ponia en su bufete y trabajaba hasta que sentia venir el dia. Siguió este método de vida aun cuando viajaba, hasta la edad mas avanzada.

Así es como este gran prelado, sin dejar de cumplir los importantes deberes de su diócesis, pudo componer tantas bellas obras y adquirir al mismo tiempo una erudicion tal, que no se puede entender cómo haya podido leer todo lo que aprendió y escribir todo lo que compuso.

LA LUCERNE.

Otro ilustre prelado, el cardenal La Lucerne, no era menos notable por su infatigable pasion al estudio. Hasta la edad de ochenta años ha instruídose incesantemente y compuesto obras útiles. Habia conservado las costumbres del seminario. Levantábase todos los dias

á las cuatro y poníase inmediatamente á trabajar. En el destierro, en los viages, jamas interrumpió esta árdua y útil práctica.

SOFIA GERMAN. 1815.

Una muger, por su aficion al estudio, consiguió colocarse entre los matemáticos del siglo XIX. En medio de las inquietudes de la revolucion francesa, con la cual su familia estaba extremadamente preocupada, Sofia, de edad entonces de catorce años, quiso crearse una ocupacion fuerte y sostenida para librarse de sus temores respecto del porvenir. Hizo la casualidad que llegara á sus manos una obra intitulada: *Historia de las matemáticas*. Leyó en ella la narracion de la muerte de Arquímedes (1) á quien ni la toma de Siracusa, ni la espada levantada del soldado enemigo, habian podido distraer de sus meditaciones. Fijóse desde luego la eleccion de la jóven Sofia. Sin maestro y sin otro guia que un Bezout, (2) que encontró en la biblioteca de su padre, se puso á estudiar. Allanó todas las dificultades que su familia opuso desde luego á una inclinacion que no convenia ni á su edad ni á su sexo. Se levantaba Sofia por la noche, haciendo un frio tan fuerte que se helaba la tinta de su tintero. Trabajaba ella entonces envuelta en cobijas y á la claridad de una lámpara, porque para precisarla á que reposara quitaban de su dormitorio el fuego, los vestidos y las bugias. Dejaron por fin de contrariar su gusto. Se hizo célebre por sus conocimientos en las matemáticas y obtuvo premios en la academia de las ciencias.

---

(1) Gran matemático de la antigüedad. Estaba de tal modo absorto en el estudio, que habiendo sido tomada por asalto la ciudad de Siracusa, en donde residia, por los soldados romanos, no lo supo él, 212 años antes de Jesucristo.

(2) Autor de una obra elemental de matemáticas.

ADRIANO FLORENT.

A mediados del siglo XV, se distinguia entre los estudiantes de la Universidad de Louvain, el jóven Adriano, hijo de un tejedor de Utrecht.

Estudiaba Adriano con una infatigable constancia. Algunas veces adormecidos los ojos y desfallecido el cuerpo de cansancio, se veia forzado á interrumpir sus lecturas; pero la aficion al estudio reanimaba muy luego sus fuerzas: ávido de toda especie de instruccion, bebia constantemente en los manantiales de todas las ciencias.

Los notables adelantos del jóven Adriano, no tardaron en escitar la envidia de los otros estudiantes, particularmente la de los mas ricos y perezosos.

Averiguaron estos muy pronto que todas las tardes al anochecer salia Adriano furtivamente de la Universidad; que tomaba siempre la misma direccion, y que nunca volvia sino despues de media noche. Se habia notado tambien que inventaba siempre diferentes pretestos para impedir que sus condiscípulos lo acompañasen en sus excursiones.

Una noche, lo espiaron algunos de ellos, esperando hallarlo culpable de algun gran desórden. Notó que lo seguian y se ocultó fácilmente á sus miradas. Siguieron aquellos paseándose por la ciudad, esperando que alguna feliz casualidad los haria dar con él. Era ya casi media noche y les ocurrió visitar, antes de retirarse, los alrededores de la iglesia de San Pedro, no porque creyeran encontrarlo allí, porque Adriano se habia dirigido hácia otra parte, sino á fin de que fuese completa su exploracion.

Al llegar ellos cerca de esta iglesia, uno de los mas bellos é imponentes edificios de los Países-Bajos, esclamó uno de ellos derrepente: ¡deteneos! ó mucho me engaño ó veo debajo del pórtico una figura humana que está inmóvil cerca de una lámpara. Se aproxima silencioso hácia el objeto que escitaba su curiosidad. Le siguen sus compañeros, y al débil resplandor de la lámpara que ardia debajo del pórtico de la iglesia, apercibieron á un hombre inclinado sobre un li-

bro. Su cara, sobre la que caia un ligero reflejo de luz, estaba pálida y fatigada. ¡Es Adriano, esclamaron todos! Era él en efecto. Viéndose así sorprendido, levantó la cabeza y se enrojeció su frente; pero se recobró muy pronto y se dirigió á sus camaradas. Por fin se ha aclarado el misterio, ahora ya lo sabeis todo. Soy demasiado pobre para poder comprar una candela y hace cuatro meses que sigo mis estudios ó aquí ó en las esquinas de las calles: en fin, en donde quiera que hallo una lampara. Pero el frio, interrumpió uno de sus camaradas, ¿cómo lo puedes soportar? Es cosa de morirse. Sonrióse Adriano y se contentó con poner su mano ardiente en la de su condiscípulo. ¿Tengo yo frio, le preguntó? Tengo aquí, en efecto, añadió, poniendo la mano sobre su corazon, cierta cosa que desafia al frio, lo mismo que á vuestras burlas. Nadie se atrevió á chancearse. La envidia y el ódio cedieron el campo á la estimacion mas sincera.

Pueden leerse los pormenores de su vida en los anales de su país. Se verá que gracias á sus conocimientos se elevó al puesto de vicecanciller en esta misma Universidad en que habia entrado pobre y oscuro estudiante; que mas tarde fué nombrado preceptor de Cárlos V., y que gracias al reconocimiento de su discípulo, fué primer ministro en España y por fin Soberano Pontífice con el nombre de Adriano VI.

EL PASTOR DE ETTRICK.

Santiago Hogg, conocido bajo el nombre del pastor de Ettrick, es un poeta estimado en Inglaterra. Tenia veinte años cuando se dedicó al estudio y no sabia ni leer ni escribir; pero el buen deseo y el trabajo lo consiguieron todo. Su juventud habia sido pobre y miserable, pasándola en cuidar los ganados en las montañas de Escocia. Vivia en la soledad mas profunda, y habia concluido por tener afeccion á los manantiales, los arroyos, las grutas, las montañas, el cielo, las nubes. Precisado para ganar la vida á renunciar al trato de sus semejantes, se habia apasionado de las bellezas de la naturaleza. Pero habria llegado alguna vez á ser capaz de pintarlas, si por la fuerza de su voluntad y por su aplicacion al trabajo, no hubiera adquirido

una instruccion variada y un notable talento? Su ejemplo nos enseña que un jóven cuya infancia ha sido descuidada en su totalidad, puede reparar esta desgracia si sabe querer y perseverar.

§ II.

Modestia.

Entre todos los vicios, el mas odioso y tal vez el mas peligroso, es el orgullo.

La tontería y la vanidad son dos hermanas que se separan poco.

¿Quereis que se hable bien de vos? nunca os alabeis.

La modestia es el decoro del mérito, ella le comunica fuerza y realce.

Conviene merecer los elogios y sustraerse á ellos.

Los hombres verdaderamente loables, son sensibles á la estimacion, pero los desconciertan las alabanzas.

Envanecerse de la fortuna, de la nobleza, de los talentos, es reconocerse indigno de todas estas cosas.

Avergonzarse de su primer estado ó de la humilde condicion de sus padres y parientes, cuando se ha llegado á un puesto elevado, es mostrarse ingrato con la Providencia, es dar á conocer á un tiempo un espíritu mezquino y un mal corazon; es ser á la vez orgulloso y estúpido. (Varios autores.)

PLATON.

Platon en la época en que toda la Grecia estaba llena de su gloria, fué para ver los juegos á Olimpia (1.) en donde se alojó con personas

(1) Eran estas unas magníficas fiestas que se celebraban cada 4 años y en que tomaban parte todos los pueblos de la Grecia.